

nar de tal manera, que pasando de allí había de caducar. Si de la simiente de éste se engendrase un hijo, sería hasta los diez años de grande habilidad, por gozar de la frialdad y sequedad conveniente de su padre, pero á los once comenzaría luego á caducar, por haber pasado del punto que estas dos calidades han de tener; lo cual vemos cada día por experiencia en los hijos habidos en la vejez, que siendo niños son muy avisados, y despues son hombres muy necios y de muy corta vida. Y es la razon, que se hicieron de simiente fria y seca, la cual había pasado ya la mitad del curso de la vida.

Tambien si el padre es sabio en las obras de la imaginativa y se ha casado, por su mucho calor y sequedad, con mujer fria y húmeda en el tercer grado, el hijo que de esta junta se engendrará será necísimo si se forma de la simiente de su padre, por haber estado en un vientre tan frio y húmedo, y haberse mantenido de sangre tan destemplada.

Al reves acontece siendo el padre necio, cuya simiente ordinariamente tiene calor y humedad demasiada. El hijo que de ella se engendrará será bobillo hasta quince años, por alcanzar parte de la humedad superflua del padre. Pero gastada con el discurso de la edad de consistencia, donde la simiente del hombre necio está más templada y con ménos humedad, ayúdale tambien al ingenio haber andado nueve meses en un vientre de tan poca frialdad y humedad como es el de la mujer fria y húmeda en el primer grado, donde padeció tanta hambre y penuria de alimento (1).

Todo esto acontece ordinariamente por las razones que hemos dicho; pero hay cierto linaje de hombres, cuyos miembros genitales son de tanta fuerza y vigor, que desnudan totalmente á los alimentos de sus buenas calidades, y los convierten en su mala y gruesa sustancia. Por donde todos los hijos que engendran, aunque hayan comido manjares delicados, salen rudos y torpes. Otros hay, por lo contrario, que usando de alimentos, son tan poderosos en vencerlos, que comiendo macho y tocino, hacen los hijos de ingenio muy delicado. Y así es cierto que hay linaje de hombres necios, y casta de hombres sabios, y otros que ordinariamente nacen locos y faltos de juicio.

Algunas dudas se ofrecen á los que tratan de entender muy de raíz esta materia; la respuesta de las cuales es muy fácil en la doctrina pasada. La primera es, ¿de dónde nace que los hijos bastardos parecen ordinariamente á sus padres, y de cien legítimos, los noventa sacan la figura y costumbres de las madres? La segunda, ¿por qué los hijos bastardos salen ordinariamente gentiles hombres, animosos y muy avisados? La tercera, ¿qué es la causa que si una mala mujer se empreña, aunque tome bebidas ponzoñosas para mover, y se sangre muchas veces, jamas echa la criatura; y si la mujer casada está preñada de su marido, con livianas causas viene á mover?

A la primera duda responde Platon diciendo (2) que ninguno es malo de su propia y agradable voluntad,

(1) *Fames exicat sal corpore.* (Gal., 2 abho., coment. 16.)

(2) *Dialogo de natura.*

sin ser irritado primero del vicio de su temperamento. Y pone ejemplo en los hombres lujuriosos, los cuales por tener mucha simiente fecunda padecen grandes ilusiones y muchos dolores; por donde, molestados de aquella pasión, buscan mujeres para echarla de sí.

De estos tales dice Galeno (3) que tienen los instrumentos de la generacion muy calientes y secos, por la cual razon hacen la simiente mordacísima y poderosa para engendrar. Luego el hombre que va á buscar la mujer que no es suya, ya va lleno de aquella simiente fecunda, cocida y bien sazónada; de la cual forzosamente se ha de hacer la generacion; porque en paridad, siempre la simiente del varon es de mayor eficacia, y si el hijo se hace de la simiente del padre, forzosamente le ha de parecer.

Al reves acontece en los hijos legítimos, que por tener los hombres casados la mujer siempre al lado, nunca aguardan á madurar la simiente ni que se haga prolífica: ántes con la continua irritacion la echan de sí, haciendo gran violencia y comocion; y como las mujeres están quietas en el acto carnal, nunca sus vasos seminarios dan la simiente sino cuando está cocida y bien sazónada, y hay mucha en cantidad. Por donde las mujeres casadas hacen siempre la generacion, y la simiente de sus maridos sirve de alimento.

Por algunas veces vienen ambas simientes á tener igual perfeccion, y pelean de tal manera, que ni la una ni la otra salen con la formacion; ántes se figura el hijo que ni parece al padre ni á la madre. Otras veces parece que se conciertan y parten la similitud. La simiente del padre hace las narices y ojos, y la de la madre la boca y la frente. Y lo que más es de admirar, que ha acontecido muchas veces sacar el hijo la una oreja del padre y la otra de la madre, y partir los ojos tambien. Pero si la simiente del padre vence del todo, saca el hijo su figura y costumbres; y cuando la simiente de la madre es más poderosa, corre la misma razon.

Por donde el padre que quiere que su hijo se haga de su propia simiente, se ha de ausentar algunos dias de su mujer, y aguardar que se cueza y madure, y entónces cierto que él hará la generacion, y la simiente de su mujer servirá de alimento.

La segunda duda tiene por lo dicho poca dificultad; porque los hijos bastardos ordinariamente se hacen de simiente caliente y seca; y de esta temperatura hemos probado muchas veces atras que nace el ánimo y valentía y la buena imaginativa, á la cual pertenece la prudencia de este siglo. Y por estar la simiente cocida y bien sazónada, hace naturaleza de ella todo lo que quiere, y los pinta con un pincel.

A la tercera duda se responde que el preñado de las malas mujeres casi siempre se hace de la simiente del varon; como es enjuta y muy prolífica, trábese en el útero con fuertes raíces. Pero el preñado de las casadas, como se hace de su propia simiente, deslízase la criatura con gran facilidad, por ser húmeda y aguanosa, ó como dice Hipócrates (4), *plena mucoris.*

(3) *Lib. Artis medicinalis.*

(4) *Sect. 5, apho. 45.*

ARTÍCULO V.

Donde se declara qué diligencias se han de hacer para conservar el ingenio á los niños despues de estar formados y nacidos.

Es tan alterable la materia de que el hombre está compuesto, y tan sujeta á corrupcion, que en el punto que se comienza á formar, en ese mismo se viene á deshacer y alterar, sin poderlo resistir; por donde se dijo: *Nos nati continuo desivimus esse* (1). Y así proveyó naturaleza que hubiese en el cuerpo humano cuatro facultades naturales: *tratrix, velentrix, concoctrix* y *expultrix*, las cuales cociendo y alterando los alimentos que comemos, vuelven á reparar la sustancia perdida, sucediendo otra en su lugar. De donde se entiende que aprovechará poco haberse hecho el hijo de simiente delicada, si no se tuviera cuenta con los manjares que le habían de suceder. Porque acabada la formacion, no le ha quedado á la criatura ninguna parte de la sustancia seminal, de que al principio se compuso. Verdad es que la simiente primera, si fué bien cocida y sazónada, es de tanta fuerza y vigor, que cociendo y alterando los manjares, los hace venir, aunque sean malos y gruesos, á su buen temperamento y sustancia; pero tanto se podría usar de alimentos contrarios, que viniere á perder la criatura las buenas calidades que recibió de la simiente de que se hizo.

Y así dijo Platon (2) que una de las cosas que más echaba á perder el ingenio del hombre y sus buenas costumbres era la mala educacion en el comer y beber. Por tanto aconseja que á los niños les demos alimentos y bebidas delicadas y de buen temperamento, para que, cuando mayores, sepan reprobar lo malo y elegir lo bueno. La razon de esto está muy clara; porque si el cerebro se hizo al principio de simiente delicada, y este miembro se va cada día gastando y consumiendo, y se ha de reparar con los manjares que comemos, cierto es que si éstos son gruesos y de mala templanza, que usando muchos dias de ellos se ha de hacer el cerebro de su misma naturaleza; y así no basta que el niño se haya hecho de buena simiente, sino que los alimentos que comiere despues de formado y nacido, tengan las mismas calidades.

Cuales sean éstas, no será dificultoso averiguarlo, supuesto que los griegos fueron los hombres más discretos que ha habido en el mundo, y que buscando alimentos y comidas para hacer á sus hijos ingeniosos y sabios, cierto es que toparian con los mejores y más apropiados; porque si el ingenio sutil y delicado consiste en que el cerebro esté compuesto de partes sutiles y de buena templanza, el alimento que tuviere sobre los demas estas dos calidades será del que conviene usar para conseguir el fin que llevamos.

De la leche de cabras, cocida con miel, dijo Galeno (3) que en opinion de todos los médicos griegos era el mejor alimento de cuantos comen los hombres, porque, fuera de tener la sustancia muy moderada, el calor en ella no excede á la frialdad, ni la humedad á la sequedad. Por donde dijimos pocos renglones atras que los

(1) *Sap., cap. v.*

(2) *Dialogo de natura.*

(3) *Lib. De cibis boni et mali succi, cap. iiii.*

padres que de véras quisiesen engendrar un hijo sabio, gentil hombre y de buenas costumbres, que comiese seis ó siete dias ántes de la generacion mucha leche de cabras cocida con miel.

Pero puesto caso que este alimento es tan bueno como dice Galeno, mucho más hace al ingenio ser de partes sutiles el manjar, que de moderada sustancia; porque cuanto más se adelgaza la materia en la nutricion del cerebro, tanto se hace al ingenio más perspicaz. Por donde los griegos sacaban el queso y suero á la leche, que son los dos elementos gruesos de su composicion, y dejaban la parte butirosa, que es de naturaleza de aire. Esta daban á comer á los niños, mezclada con miel, con intento de hacerlos ingeniosos y sabios. Y que esto sea verdad parece claramente por lo que cuenta Homero (4).

Fuera de este alimento, comerán los niños sopas hechas de pan candéal, de agua muy delicada, con miel y un poco de sal; pero en lugar de aceite, por ser muy malo y nocivo al entendimiento, echarán manteca de leche de cabras, cuyo temperamento y substancia es apropiado para el ingenio; pero en este regimiento hay un inconveniente muy grande, y es, que usando los niños de manjares tan delicados, no tendrán mucha fuerza para resistir á las injurias del aire, ni se podrán defender de los demas achaques que los suelen hacer enfermar. Y así por sacarlos sabios, se criarán con poca salud, y no vivirán muchos años. Esta dificultad nos pide cómo se podrán criar los niños ingeniosos y sabios, y que este arte no contradiga á su salud. Lo cual será fácil concertar, si los padres se atrevieren á poner en práctica algunas reglas y preceptos que aquí diré. Y porque la gente regalada está engañada en criar sus hijos, y ella es la que trata siempre de esta materia, quiérole primero dar la razon y causa por que á sus hijos, aunque tengan ayos y maestros y trabajen con mucho cuidado en las letras, se les pegan tan mal las ciencias; y cómo se podrá remediar, sin que por ello abrevien la vida ni menoscaben la salud.

Ocho cosas dice Hipócrates (5) que humedecen las carnes del hombre y las engordan. La primera es el holgar y vivir en grande ociosidad. La segunda dormir mucho. La tercera acostarse en cama blanda. La cuarta el buen comer y beber. La quinta estar muy abrigados y bien vestidos. La sexta andar siempre á caballo. La séptima hacer su voluntad. La octava ocuparse en juegos y pasatiempos y cosas que les den contento y placer. Todo lo cual es tan manifiesta verdad, que aunque no lo hubiera dicho Hipócrates, ninguno lo pudiera negar.

Sólo se podría dudar si la gente regalada guarda siempre esta manera de vivir; pero si es verdad que lo hace bien, podemos inferir que su simiente es húmedísima, y que los hijos que de ella se engendran han de salir por fuerza con humedad superflua y demasiada, la cual es menester gastar y consumir. Lo uno, porque esta calidad echa á perder las obras del

(4) *Iliada, x.*

(5) *Lib. De aere, locis et aquis. Lib. De salut. diet., com. 1, vi epit., p. v, aphor. ix.*

ánima racional, y lo otro, dicen los médicos que hace vivir al hombre pocos días y con falta de salud.

Segun esto, el buen ingenio y la firme sanidad corporal, ambas piden una misma calidad, que es la sequedad; por donde los preceptos y reglas que trajimos para hacer los niños sabios, esos mismos servian para darles mucha salud y que vivan largo tiempo (1).

Conviene, pues, luego en naciendo el hijo de padres holgados, atento que sus carnes tienen más frialdad y humedad de la que conviene á la puericia, lavarle con agua salada caliente (2); la cual opinion de todos los médicos deseca y enjuga las carnes, y pone firmes los nervios, y hace al niño robusto y varonil, y por gastar la humedad superflua del cerebro, se hace ingenioso y le libra de muchas enfermedades capitales (3). Por lo contrario, siendo el baño de agua dulce y caliente, por cuanto humedece las carnes, dice Hipócrates (4) que hace cinco daños: *carnis affaminationem, nervorum imbecillitatem, mentis torporem pro fluxu sanguinis, animi defectionem*. Como si dijera: el agua dulce y caliente hace al hombre mujeril, con flaqueza de nervios, necio, aparejado para flujo de sangre y desmayos.

Pero si el niño sale con demasiada sequedad del vientre de su madre, conviene mucho lavarle con agua caliente dulce. Y así dice Hipócrates (5): *Infantes diu sunt calida lavandi; quo minus tentent convulsiones, ipsique crescant, et melioris caloris fiant*.

Por la cual sentencia manda lavar con agua caliente muchas veces á los niños, porque no vengan á espasmar, y crezcan con más facilidad, y se hagan de buen color.

Esto cierto es que se entiende que los niños que salen secos del vientre de su madre, á los cuales conviene enmendarles su mala temperatura, aplicándoles las calidades contrarias.

Los alemanes, dice Galeno (6), tenían por costumbre lavar sus niños en el río luego en naciendo, pareciéndoles que así como el hierro que sale ardiendo de la fragua se hace más fuerte metiéndolo en el agua fría, de la misma manera, sacando al niño ardiendo del vientre de su madre, se hacia de mayor fuerza y vigor lavándolo con agua tan fría.

Esto condena Galeno por gran bestialidad, y tiene mucha razon, porque puesto caso que por esta via se haria el cuero duro y cerrado, y no fácil de alterar de las injurias del aire, pero ofenderse hía de los excrementos que se engendran dentro del cuerpo, por no estar patente y abierto, por donde poder exhalar y salir.

Mejor remedio y más seguro es lavar á los niños que tienen humedad superflua con agua caliente y salada, porque gastándoles la humedad demasiada, quedan muy propensos á la salud, y cerrándoles las vias del cuero, no se ofenden con cualquiera ocasion, ni los excrementos

(1) Hip., lib. De ulceribus, 14 sect., prob. ix.

(2) Hip., lib. II De dieta.

(3) Lib. I, Adglau., cap. ix.

(4) vi, aph. xvi.

(5) Lib. De salut. diet., com. xxiii.

(6) Lib. I De sanit. tuen.

tos de dentro quedan tan cerrados que no les restan caminos abiertos por donde salir. Y naturaleza es tan poderosa, que si le han quitado una vida pública, búscase otra acomodada. Y si todos le faltan, sabe hacer caminos de nuevo por donde expeler lo que le daña. Y así, de dos extremos, más conviene á la salud tener duro y algo cerrado el cuero, que blando y abierto.

Lo segundo que conviene es, que en naciendo el niño le hagamos amigo con los vientos y con las alteraciones del aire, y no le tengamos siempre en abrigo, porque se hará flojo, mujeril, necio, de pocas fuerzas, y en tres días se morirá. Ninguna cosa, dice Hipócrates (7) que debilita tanto las carnes, como estar siempre en lugares tapados, guardados del frío y calor. Ni hay mayor remedio para la salud que hacer el cuerpo á todos los vientos, calientes, frios, húmedos y secos, y así pregunta Aristóteles (8) qué es la causa que los que viven en las galeras están más sanos y tienen mejor color que los que viven en tierra paludosa. Y crece más la dificultad considerando la mala vida que pasan, durmiendo en el suelo, vestidos, al sereno, al sol, al frío y al agua, comiendo y bebiendo tan mal. Lo mismo se podrá preguntar de los pastores, cuya sanidad es la más firme que tienen los hombres, y es la causa que han hecho ya amistad con todas las calidades del aire, y no se espanta naturaleza de nada. Por lo contrario, vemos claramente que tratando un hombre de regalarse y procurar que no le dé el sol, el frío, el sereno ni el viento, en tres días es acabado, por el cual se podrá decir: *Qui diligit animam suam, in hoc mundo perdet eam*. Porque de las alteraciones del aire ninguno se puede guardar. Y así es mejor acostumbrarse á todo, para que el hombre se pueda descuidar y no viva siempre con recato. El error de la gente vulgar está en pensar que un niño nace tan tierno y delicado que no sufrirá pasar del vientre de su madre, donde hay tanto calor, á la region del aire frío sin que le haga mucho daño, y realmente están engañados, porque con ser Alemania tan fría, metían los niños hirviendo en el río, y con ser un hecho tan bestial, no se les hacia de mal ni se morían.

Lo tercero que conviene hacer es, buscar una ama moza, de temperamento caliente y seco, ó segun nuestra doctrina, fría y húmeda en el primer grado, criada á mala ventura, acostumbrada á dormir en el suelo, á poco comer y mal vestida, hecha á andar al sereno, al frío y calor. Esta tal hará la leche muy firme y usada á las alteraciones del aire, de la cual manteniéndose muchos días los miembros del niño, vendrán á tener mucha firmeza. Y si es discreta y avisada, le hará mucho provecho al ingenio, porque la leche de ésta es muy enjuta, caliente y seca, con las cuales dos calidades se corregirá la mucha frialdad y humedad que el niño sacó del vientre de su madre. Cuánto importa á las fuerzas de la criatura mamar leche ejercitada, pruébase claramente en los caballos, que siendo hijos de yeguas trabajadas en arar y trillar, salen muy grandes corredores y duran mucho en el trabajo. Y si las madres

(7) Lib. De acre, locis et aquis.

(8) xiv sect., prob. xii.

están siempre holgando y paciendo en el prado, á la primera carrera no se pueden tener.

El órden, pues, que se ha de tener con el ama, es traerla á casa cuatro ó cinco meses ántes del parto, y darle á comer los mismos manjares de que usa la preñada, para que tenga lugar de gastar la sangre y demás humores que ella tenía, hechos de los demás alimentos que ántes habia comido, y para que el niño luego en naciendo mame la misma leche de que se mantuvo en el vientre de su madre, á lo ménos hecha de los mismos manjares.

Lo cuarto es no acostumbrar el niño á dormir en cama blanda, ni traerlo muy arropado, ni darle mucho á comer, porque todas estas tres cosas, dice Hipócrates (1) que enjugar y desecan las carnes, y las contrarias las engordan y ensanchan. Y haciendo esto, se criará el niño de grande ingenio, muy sano, y vivirá muchos días, por razon de la sequedad. Y de lo contrario, vendrá á ponerse hermoso, gordo, lleno de sangre y bobo, el cual hábito llama Hipócrates atlético, y lo tiene por muy peligroso (2).

«Con esta misma receta y órden de vivir se crió el hombre más sabio que ha habido en el mundo, que fué Cristo, nuestro Redentor, en cuanto hombre, salvo que por nacer fuera de Nazaret, por ventura no tuvo su madre á mano agua salada con que lavarle. Pero ello era costumbre judaica y de toda el Asia, introducida por algunos médicos sabios para dar salud á los niños. Y así dice el Profeta (3): *Et quando nata est in die ortus tui non est præcisus umbilicus tuus, et aqua non est lota in salutem; nec sale salita, nec involuta pannis*; pero en lo demás, luego en naciendo comen-
do á hacer amistad con el frío y con las otras alteraciones del aire. Y su primera cama fué el suelo y mal vestido, como si quisiera guardar la receta de Hipócrates. A pocos días caminaron con él á Egipto, lugar de mucho calor, donde estuvo todo el tiempo que Heródes vivió; andando su madre de esta manera, cierto es que le daría la leche bien ejercitada y hecha á las alteraciones del aire. Lo que le daban de comer fué el manjar que los griegos hallaron para dar ingenio y sabiduría á sus hijos: éste, dijimos atrás que era la parte butirosa de la leche, comida con miel, y así dijo Isaias (4): *Butirum et mel comedet, ut sciret reprobare malum et eligere bonum*. Por las cuales palabras parece que quiso el Profeta dar á entender que, aunque era Dios verdadero, habia de ser juntamente hombre perfecto, y que para adquirir sabiduría natural habia de hacer las mismas diligencias que los otros hijos de los hombres. Aunque esto parece dificultoso de entender, y áun es disparate pensar que porque Cristo, nuestro Redentor, comiese manteca y miel siendo niño, habia de saber reprobear lo malo y elegir lo bueno cuando mayor, siendo Dios, como era, de infinita sabiduría, y habiéndole dado en cuanto hombre toda la ciencia infusa que podía recibir segun su capacidad natural.

(1) *Smel comedere, auriter cubare, nudusque ambulare.* (Hip., lib. De salubre dieta.)

(2) Celsus, lib. II, aph. III.

(3) Ezech., cap. xvi.

(4) Cao. vii.

Por donde es cierto que sabía tanto en el vientre de su madre como cuando habia treinta y tres años, sin comer manteca ni miel, ni aprovecharse de otros medios naturales que requiere la sabiduría humana. Pero con todo eso hace gran fuerza que el Profeta haya señalado el mismo manjar que los troyanos y griegos acostumbraban dar á sus hijos, para hacerlos ingeniosos y sabios, y que diga: *Ut sciat reprobare malum et eligere bonum*; para entender que por razon de aquellos alimentos adquiriese Cristo, nuestro Redentor, en cuanto hombre, más sabiduría exquisita de la que alcanzará si usara de otros manjares contrarios, ó es menester explicar aquella particula (*ut*) para saber qué es lo que quiso decir hablando por tales términos. Y así hemos de suponer que en Cristo, nuestro Redentor, habia dos naturalezas (como es verdad, y así nos lo muestra la fe): la una divina, en cuanto era Dios verdadero, y la otra humana, compuesta de ánima racional y cuerpo elementado, dispuesto y organizado como lo tienen los otros hijos de los hombres. Cuanto á la primera naturaleza, no hay que tratar de la sabiduría de Cristo, nuestro Redentor, porque era infinita, sin aumento ni disminucion, ni depender de otra cosa ninguna más de que por ser Dios era un sabio en el vientre de su madre, como lo era siendo de treinta y tres años, y lo era *ab æterno*. Pero en lo que toca á la segunda naturaleza, es de saber que el ánima de Cristo, desde el punto que Dios la crió, fué bienaventurada y gloriosa, como lo está el día de hoy; y pues gozaba de Dios y de su sabiduría, cierto es que no tendria ignorancia de nada, sino que tuvo tanta ciencia infusa, cuanta cabia en su capacidad natural; pero con esto, es cierto que así como la gloria no se comunicaba á los instrumentos del cuerpo (por la razon de la redencion del género humano), tampoco la sabiduría infusa, por no estar el cerebro dispuesto ni organizado con las calidades y sustancia que son necesarias para que el alma con tal instrumento pudiese discurrir y filosofar. Porque si nos acordamos de lo que en el principio de esta obra dijimos, las gracias gratis-dadas que Dios reparte entre los hombres, piden ordinariamente que el instrumento con que se han de ejercitar y el sujeto con que se han de recibir tengan las calidades naturales que cada dón ha menester, y es la causa, ser el alma racional acto del cuerpo, y no obrar sin aprovecharse de sus instrumentos corporales.

«El cerebro de Cristo, nuestro Redentor, siendo niño y recién nacido, tenía mucha humedad, porque en tal edad es así conveniente y cosa natural; pero por ser tanta en cantidad, no podía su alma racional discurrir naturalmente ni filosofar con tal instrumento. Y así la ciencia infusa no pasaba á la memoria corporal ni á la imaginativa ni al entendimiento, por ser estas tres potencias orgánicas, como ya lo dejamos probado, y no estar con la perfeccion que habian de tener. Pero yéndose el cerebro desecando con el tiempo y con la mayor edad, iba el alma racional manifestando cada día más la sabiduría infusa que tenía, y comunicándola á sus potencias corporales. Y fuera de esta ciencia sobrenatural, tenía otra que se toma de las cosas que oyen los niños, de lo que ven, de lo que huelen, gustan y

palpan, y esto es cierto, la adquiria Cristo, nuestro Redentor, como los otros hijos de los hombres (1). Y así como para ver bien las cosas tenía necesidad de buenos ojos, y para oír los sonidos, de buenos oídos, por la misma razón tenía necesidad de buen cerebro para juzgar entre lo bueno y lo malo. Y así es cierto que por comer aquellos manjares tan delicados se iba organizando cada día mejor su cabeza y adquiriendo más sabiduría: de tal manera, que si Dios le quitara la ciencia infusa, tres veces en el discurso de su vida (para ver lo que sabía adquirido), hallaría que de diez años sabía más que de cinco, y de veinte más que de diez, y de treinta y tres más que de veinte.

Y que esta doctrina sea verdadera y católica pruébalo el texto del Evangelio á la letra diciendo (2): *Et Jesus proficiebat sapientia et ætate et gratia apud Deum et homines*. De muchos sentidos católicos que la Escritura puede recibir, yo siempre tengo por mejor el que mete la letra que el que quita á los términos y vocablos su natural significacion. Qué calidades sean las que ha de tener el cerebro, y qué sustancia, ya dijimos, de opinion de Heráclito, que la sequedad ha-

(1) Santo Tomas pone tercera ciencia en Cristo, y la llama adquirita con el entendimiento agente. (iii p., c. x, art. iv, y q. xii, art. ii.)

(2) Luc., cap. ii.

cia al alma sapientísima. Y de sentencia de Galeno (3) probamos que estando el cerebro compuesto de sustancia muy delicada, hace el ingenio sutil.

»La sequedad iba adquiriendo Cristo, nuestro Redentor, con la edad; porque desde que nacemos hasta que morimos, nos vamos desecando y enjugando las carnes y sabiendo más. Las partes sutiles y delicadas del cerebro se le iban rehaciendo, comiendo aquellos manjares que dijo el profeta Isaías; porque si cada momento se había menester nutrir y reparar la sustancia que se exhalaba, y esto se había de hacer con manjares, y no con otra materia ninguna, cierto es que si comiera siempre vaca ó tocino, que en pocos días hiciera un cerebro grueso y de mal temperamento, con el cual no pudiera su alma racional reprobar lo malo y elegir lo bueno, si no fuera por vía de milagro y usando de su divinidad. Pero llevándolo Dios por los medios naturales, mandó que usase de aquellos manjares tan delicados, de los cuales manteniéndose el cerebro, se hará instrumento tan bien organizado, que aún sin usar de la ciencia divina ni infusa pudiera naturalmente reprobar lo malo y elegir lo bueno, como los otros hijos de los hombres.

Laudetur Christus in æternum,

(3) Lib. De art. med., cap. xii.

DON JOAQUIN SETANTI.

JUICIOS CRÍTICOS.

I.

APROBACION DEL MAESTRO FRAY AGUSTIN OSORIO, DEL ORDEN DE SAN AGUSTIN.

Mándame usía ilustrísima que vea este libro, intitulado *Aforismos*, de Publio Cornelio Tácito, etc., sacados de su historia por el doctor Benedicto Arias Montano, y las *Centellas de varios conceptos y avisos*, de don Joaquin Setanti, caballero del hábito de Montesa, etc., y que diga aquí lo que siento de entrambos trabajos. Digo, señor, que ambos me parecen dignos de sus autores, tan conocidos por excelentes de todo el mundo, como de usía; y á no serlo tanto don Joaquin Setanti, pudiera yo decir que no he tratado en este reino, de veinte años á esta parte, hombre de mejor ingenio, de más leccion y experiencia en materia de gobierno, por los muchos que tan felizmente ha tenido en su patria, que fueron los leños, que bien dispuestos y encendidos con el amor della, con el celo de la gloria de su rey y acertamiento de sus ministros, han lanzado las vivas y resplandecientes *Centellas* que á usía se dirigen (con razon), porque de su natural tiran arriba, y han de buscar lo más alto; merecen grato acogimiento, y de que se impriman, no sólo en papel, sino en corazones de grandes y pequeños, para que aquéllos lo sean, y éstos no lo sean con tales advertencias. *De San Agustin de Barcelona, Marzo 12, 1614.*—EL MAESTRO FRAY AGUSTIN OSORIO.

II.

APROBACION DEL PADRE RAFAEL GUERAU, DE LA COMPAÑIA DE JESUS, LECTOR DE TEOLOGÍA.

Por orden del ilustrísimo y reverendísimo señor don Luis Sans, obispo de Barcelona, he leído con particular atencion y gusto estos libros de *Aforismos*, *Centellas* y *Avisos*, compuestos por don Joaquin Setanti, caballero del hábito de Montesa, y me parece obra aguda, vária, apacible y provechosa, en especial para hombres de córte y de gobierno; los cuales, si quisieren, con la luz destas *Centellas*, ó por mejor decir, estrellas, podrán alumbrar sus entendimientos, y con el fuego que dellas sale, encender sus corazones en amor del bien comun, para lo cual hay aquí casi tantas reglas como palabras; y así, es más de alabar el ingenio del autor, que supo tan en breve formar una idea de gobierno político y cristiano, que los largos y afeitados discursos de Platon y otros, que como en sueños quisieron dibujar repúblicas y regidores dellas; y por todo esto, juzgo convenir se impriman. *Deste Colegio de la Compañía de Jesus de Barcelona, á 15 de Marzo de 1614.*—EL PADRE RAFAEL GUERAU, de la Compañía de Jesus, lector de teología.

III.

PETRI OROBII SOCIETATIS IESU.
EPIGRAMMA AD LIBRUM ET AUCTOREM.

Miror exiguo te tot numerose Setanti
Trepidum gazas occuluisse libro.
Hic Heliconis opes, hic cornucopia rerum,
Hic micat aurivomâ vecta Minerva rota.
Hic Tacitus loquitur resonanti turbine linguæ,
Hic cinctus libris tempora consus adest.
Denique si vis ut dicam quod sencio dico:
Hic parvus magna est Bibliotheca Liber.

IV.

AL AUTOR.
SONETO.

Tras tantos siglos, de la ardiente llama
Troyana conservando las Centellas,
A pesar de la muerte, da con ellas
Vida á los griegos la gloriosa fama.
Estímulo de honor, el alma inflama
Y fuego encienden las virtudes bellas;
Que della son clarificas estrellas,
Por quien el cielo gracias mil derrama.
Y así, pues de herbosos pensamientos
Con Centellas y llamas abrasarte
Pudo, Setanti, tu virtud nativa,
Es justo que te den los ornamentos
De Júpiter, Minerva, Apolo y Marte,
Cedro, palma, laurel y blanca oliva.

GENTELLAS DE VARIOS CONCEPTOS

DE

DON JOAQUIN SETANTI,
CABALLERO CATALAN, DEL HÁBITO DE MONTESA.

AL ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO DON LUIS
SANS, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD, Y OBISPO
DE BARCELONA.

Aunque la flaqueza de mi ingenio me encoja con razon el ánimo para haber de publicar los ejercicios en que me ocupo á ratos, con deseo de mostrar siquiera alguna sombra de buena inclinacion, y con esto hubiese propuesto de esconder estas Centellas, que saqué de pocas ascuas y mal encendidas, la voluntad y los mandamientos de usía reverendísima animan de manera mi osadía, que ya deseo verlas ir volando á vista de todo el mundo por el aire de las opiniones; pues con el salvoconducto que les da la autoridad, el valor y la grandeza de usía reverendísima aprobándolas, quedará cualquier buen entendimiento satisfecho, y la malicia y porfia de los detractores convencida. Suplico, pues, humildemente á usía reverendísima las reciba y ampare debajo las alas de su proteccion, para que salgan de allí más alentadas y encendidas, y cayendo sobre materia dispuesta, puedan hacer mejor el efecto que pretenden.

Los Aforismos de Cornelio Tácito, aunque merecen de suyo ser bien admitidos, así por la majestad del autor, como por la fama del que los recopiló sacándolos de su historia, se acogen tambien á la sombra de usía reverendísima, para asegurarse en ella de todos los vientos contrarios, como en abrigado puerto, pues á las cosas más altas suelen herir con mayor fuerza. Guarde Dios á usía reverendísima con largos años de vida, para su santo servicio. En Barcelona, á 24 de Junio 1614. — DON JOAQUIN SETANTI.

AL LECTOR.

Poco aprovecha la luz de las Centellas si no dan sobre materia dispuesta para encenderse yesca ó pólvora; ha de saber en el espíritu del que leyere estos avisos, si quiere sacar dél y de ellos fuego de aprovechamiento. Esta manera de hablar lacónico es cierto que no es para todos ni para todas las ocasiones; pero vale tanto en las que se ofrecen al propósito, que por ella han alcanzado muchos hombres el renombre de sabios. No presume tanto el que esto es-

cribe; pero desea que la vana presuncion de muchos no le culpe ni condene sin fundamento aprobado; porque los jueces de libros, que de voluntad se ofrecen, suelen tener las sentencias condenatorias tan al pico de la lengua, que no dan lugar á la razon para que llegue al entendimiento. Y así reprobaban sin ella todo lo que ven por sus antojos.

CENTELLAS.

1. La paz y la quietud cuelgan de pocas leyes bien gobernadas, y de los muchos intérpretes, la guerra y la confusion.
2. Está ya tan alterada la policía humana, que en muchas partes del mundo los tenidos por sabios se gobiernan como bárbaros, y los bárbaros como sabios.
3. Si el deseo de acrecentar de estado no turbase el buen gobierno, en todo el mundo habria paz y justicia.
4. Los ministros de justicia duermen descansadamente sobre los males ajenos, y á la sombra de los suyos propios despiertan y dan gritos.
5. No basta que tengan los reyes la suprema autoridad, que tambien han de tener la suprema inteligencia de las cosas, para saber acrisolar las resoluciones de sus consejeros.
6. Más conviene y más importa á la grandeza y majestad Real mandar que se enmienden los errores que hicieren los de su Consejo, que el sustentar por razon de Estado.
7. La buena razon de Estado es aquella que basta á mantener los reinos en paz, y á defenderlos en guerra justa.
8. Desdichados son los reyes cuyos consejeros son apasionados y codiciosos, y mucho más desdichados sus vasallos.
9. Déjese el cristiano de buscar senderos peligrosos, pues por el camino real de la virtud se puede llegar á la cumbre de la grandeza humana.
10. Al que la virtud no levanta, en su estado le consuela, y no derriba al levantado, como suele derribar el vicio á los que por él han subido.